Adolescencia y familia en el toxicómano

*Arnal, J.M.; **Fernández-March, T.

*Psicoanalista. Miembro del Círculo Psicoanalítico de Valencia. Presidente en España de Plataforma Internacional «Para una Clínica del Toxicómano».

**Psicólogo Clínico de los Servicios de Salud Mental de Valencia, Psicoanalista. Miembro del Círculo Psicoanalítico de Valencia. Vicepresidente en España de Plataforma Internacional «Para una Clínica del Toxicómano».

Cuando se nos propuso hablar en esta mesa redonda sobre «Adolescencia y Toxicomanía», nuestra primera reflexión apuntó hacia lo equívoco del sentido de estos dos significantes del habla cotidiana. En un segundo tiempo, y, como si formara serie necesaria con los dos anteriores, un tercer significante impuso su presencia: familia. Ciertamente no menos ambigüo que los otros, pero, en cualquier caso, no dudamos: el tercero abre la posibilidad al orden del discurso. Sólo nos quedaba echar los dados sobre el papel en blanco. Escritos quedan los restos de una partida que es siempre a pura pérdida. En psicoanálisis, si lo hay, el beneficio es siempre para otro, y en otro lugar.

Comencemos por el significante adolescencia. Para marcar su ambigüedad basta ponerle otro, digamos: pubertad. En efecto, adolescencia parece más adecuado para nombrar algo que pertenece al orden de la sociología que una fase de la historia subjetiva a considerar desde la clínica psicoanalítica.

Detengámonos, sin embargo, unos instantes sobre esa perspectiva sociológica. Ciertamente, no es difícil advertir los cambios sustanciales que, al menos en el mundo occidental que nos compete, ha sufrido en las últimas décadas el estudio del adolescente. Y ello, en dos vertientes:

- La primera, lo que podríamos denominar la emergencia de una nueva capa social. En efecto, si hasta ahora el adolescente era un mundo colonizado por los adultos, hoy podemos comprobar de forma cada vez más evidente su presencia en lo económico y lo social. No ciertamente en el campo de la producción (y esta disimetría tendrá su articulación con la segunda vertiente a la que nos referiremos), pero sí en el del consumo. Y a nadie escapa el deslizamiento de coordenadas que en este sentido, de la producción al consumo, ha sufrido el sistema económico general desde las teorizaciones de los economistas clásicos hasta nuestros días. Hoy la adolescencia posee un poder adquisitivo (bien que mediatizado, pero ello no afecta a nuestro propósito) que nunca tuv. De hecho un

Correspondencia a:
José Miguel Arnal
Dr. Sumsi, 16-6.ª - 46005 VALENCIA - Tel. 334 50 06

sector cada vez más importante del mercado (y de su discurso específico: el de la publicidad) se dirige a ellos casi en exclusiva. Y es sabido que la oferta crea la demanda. En lo social, igualmente, la proliferación de espacios propios de toda índole es cada vez mayor. Y a resaltar un elemento fundamental en su función de consolidación de cualquier grupo humano tanto en lo simbólico como en su imaginario colectivo: la aparición de mitos y ritos compartidos por sus integrantes y sólo por ellos.

- La segunda vertiente de este cambio en el estatuto del adolescente se refiere a la prolongación en el tiempo del mismo. El joven de hoy, en términos generales (estos datos, si bien son válidos para España, no me atrevería a extrapolarlos sin más), prolonga de diversos modos y por diversas razones su status adolescente, respecto a su estancia en la casa familiar, a la relación con los padres, etc... Veremos más adelante el especial cariz que ello toma en los toxicómanos. Digamos, por el momento, que algo dificulta hoy un corte en la vida de cada joven, corte que antaño se cumplía con absoluta normalidad, es decir, según una norma.

Retomemos ahora el significante pubertad. Más apropiado, sin duda, si lo que se pretende es dar cuenta de la historia del sujeto. Significante que nos remite a una fase de cambios fundamentales sobre el cuerpo y su relación al goce, así como al momento del descubrimiento del otro sexo. Etapa crucial para el sujeto en su constitución como tal, esto es, respecto al Otro, del sexo, de lo social. Etapa de ensayo y experimentación a la que sólo un corte, après-coup, dará sentido. Si este corte es posibe realizarlo. Y si había con qué cortar. Relación al Otro sexo e inserción en el Otro social. Una dificultad ante estas dos operaciones, no independientes entre sí por otra parte, está en la base de la práctica de la droga.

Y hablemos del toxicómano. ¿Qué es un toxicómano? Desde el discurso social más extendido, y este modo de comprensión, en lo fundamental, es compartido por muchos de los profesionales que se dedican a este campo de la clínica, el toxicómano es considerado o bien la víctima inocente de un objeto terrible, la droga, o bien un individuo cuya especial fragilidad hallará en tal práctica la supuesta sutura de su falta fundamental, es decir, un enfermo y/o un perverso (1). Ninguna consideración respecto a la elección del propio sujeto toxicómano.

¿Qué es un toxicómano desde la clínica del caso por caso? En primer lugar, un sujeto que se presenta identificado a un significante que es del Otro: «Yo soy toxicómano». Y esta identificación que le permite ser (¿qué precio no está el sujeto dispuesto a pagar por una apariencia de ser?), la sustenta en una práctica: la de la droga. Es cuando tal práctica, en tanto síntoma que sostiene la consistencia del sujeto a su estructura, fracasa que el toxicómano acudirá en demanda de ayuda a las diferentes instancias que en lo social ocupan tal lugar. El síntoma, sabemos desde Freud, es una solución de compromiso entre las mociones sexuales reprimidas por los imperativos de la civilización y lo que a esa represión escapa como resto de goce.

No basta, pues, desde la clínica considerar la práctica de la droga como el síntoma específico del toxicómano. Y correlativamente no será el abandono de tal práctica el único criterio evaluador de la cura en una clínica que se quiere ética. Más allá, habrá que pensar la articulación de la función droga con un síntoma que como tal falla en su dominio sobre la libido. Más aún, preguntarnos acerca del defecto en la función esencial para la constitución del sujeto, cuyo desfallecimiento lleva a éste a buscar en ese objeto de la realidad un soporte o sustituto de la misma.

Rara vez llega un adolescente a la clínica, pero sí llegan los toxicómanos en una posición que se podría calificar de adolescente respecto a la familia, al Otro en general. Por otra parte, en el transcurso de la cura, localizarán en su adolescencia sus comienzos en el consumo de drogas. Posición adolescente: el toxicómano re-

sulta paradigmático de esa juventud, de la cual se hablaba más arriba, que mucho más allá de la edad cronológica socialmente establecida como normal, mantiene el viejo lazo familiar: permanencia prolongada por los padres, aunque sea de modo intermitente con constantes marchas y regresos. En otras palabras, un vínculo nunca del todo roto, no simbolizado, lo que produce ese constante bascular de la huida como pasaje al acto, al regreso. El toxicómano llegado a la clínica hablará, en una gran proporción de casos, de un padre distante y de una madre excesivamente presente. Si aún hoy, por parte de algunos clínicos, se pone el acento en la segunda parte de la anterior proposición, la que se refiere a la posición de la madre, más exacto y, sobre todo, más operativo resulta desplazarlo a lo que concierne a la función paterna, cuando además en definitiva, aquella no sería sino una consecuencia de ésta.

En efecto, lo que pone en evidencia el toxicómano con su práctica no es sino un defecto cada vez más generalizado de la función paterna. De ahí la modernidad de su síntoma que habría que considerar, si se nos permite la expresión, de segundo grado. El síntoma de la toxicomanía es, en primer lugar, síntoma social (no hay más que observar la importancia que se le otorga) es del Otro. El toxicómano construye el suyo articulado a la dificultad que se le presenta, en un momento dado, respecto a esa identificaión que el otro le propone.

Y es por ello que un toxicómano mantiene unida a una familia. Cumple allí una función muy concreta, análoga a la del chivo expiatorio de la fiesta ritual primitiva o a la del héroe redentor de la tragedia griega (2). Posición subjetiva, que luego trataremos, pero que, como no puede ser de otra manera, lo es con respecto al Otro, en este caso, familiar. Las estadísticas hablan suficientemente de los serios desajustes que se ocasionan en las familias con un hijo toxicómano cuando éste se cura.

Hablábamos de la fijación a una posición adolescente del toxicómano. Tal posición se definiría, decíamos, aprés-coup , por un corte. Corte respecto a una posición familiar para pasar a constituirse sujeto individual frente al Otro social. Pero ese corte exige la existencia de otro anterior: la castración, función del padre, que resuelve e complejo de Edipo y coloca al sujeto en su posición familiar: como hijo. ¿Y si tal operación no ha sido cumplidamente realizada? El proyecto del sujeto toxicómano es aquí una tentativa de solución al impasse en que se encuentra: si no soy un hijo, ¿cómo dejar de serlo? Su relación con la droga va a ser el intento de suplir esa función paterna que no acaba de hacer su trabajo.

Nos habla Freud (3) de la resistencia que toda la familia opone a ese momento de ruptura en que uno de sus miembros pasa al estado adulto. De ahí la norma de los rituales de iniciación. El toxicómano operará sobre dos vectores de sentido opuesto, para un mismo objetivo. De un lado, colocando un objeto fuera se separará del núcleo familiar pero dejando algo dentro que lo mantenga unido, lo no resuelto de su posición en él. De otro, retornando de tiempo en tiempo (enfermedades, dificultades económicas, judiciales, etc.) se cuestiona y cuestiona a la familia su propia existencia, Fort-Da particular con el que el toxicómano hace de su práctica de la droga un «como si de función paterna respecto a su propia familia.

Pero tal situación va a llevarle a un nuevo impasse. Y será cuando el síntoma fracase, cuando la práctica de la droga falle en su función de dominio, de anudamiento del sujeto a su estructura, cuando el toxicómano acudirá en demanda de ayuda a otro lugar (instituciones, médicos, psicoanalistas, religión,...), no sin antes haber reclamado sobre sí, de mil maneras, la atención del padre, de la ley. El problema se repite, pero el lugar ya no es el mismo.

La pregunta del toxicómano en el seno de la familia podría formularse así: ¿cómo ser lo que soy, un hijo, sin un padre? Pasión notable la de los toxicómanos por ser padres. Y ello en todos los sentidos, hasta en el de hacer hijos que en-

tregar luego a sus padres. Y correlativamente: ¿cómo dejar de ser lo que lo que no soy, un hijo?, ¿cómo romper con un padre que me desconoce? Un paciente, lector apasionado de Nietzsche, citó en una sesión un pasaje del mismo, aproximadamente: «Dios ya estaba muerto cuando fueron a asesinarlo». A continuación dirá: «es lo que me ocurre a mí. Toda mi vida persiguiendo un padre al que matar para, al final,encontrarme con un fantasma: siempre estuvo muerto». Lacan nos dice: «¿Qué es un Padre? Es el Padre muerto, responde Freud, pero nadie lo escucha» (4). No todos los pacientes, por desgracia, llegan a este punto.

Para concluir, quisiéramos resaltar una pregunta: en un momento social e histórico de claro declive de la institución familiar, al menos tal y como hasta ahora ha sido concebida, y habida cuenta de que otros muchos sujetos responden en lo que a ellos les concierne ed otros mil modos diferentes, ¿por qué la pasión familiar del toxicómano? Pues, en efecto, podemos decir, en lo que respecta a lo aquí tratado, que el proyecto imposible del toxicómano sería el de construir una familia de la cual separarse. Esfuerzo heroico ciertamente. Que algunos mueran en el intento así lo prueba.

José Miguel Arnal
Teresa Fernández March
(Marzo, 1989)

BIBLIOGRAFIA

1. Cf. A. PANDOLFO, ponencia *Síntoma y toxicomanía*, en el 2.º Curso de Formación de la Plataforma Internacional para una Clínica del Toxicómano celebrado en Valencia, 1989.
2. Cf. S. FREUD, *Totem y tabú*, en Obras Completas, ed. Amorrortu, Buenos Aires 1979.
3. S. FREUD, *El malestar en la cultura*, en op. cit.
4. J. LACAN, *Subversión del suje4to y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*, en Escritos I, ed Siglo XXI, México, 1972.